



ERICK ALFONSO GALÁN CASTRO

[erick.galan@conacyt.mx](mailto:erick.galan@conacyt.mx)

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey

*SEMANTICS OF VIOLENCE. REVOLT AND POLITICAL ASSASSINATION IN MEXICO,*

DE NELSON ARTEAGA BOTELLO

DOI: [10.25009/clivajesrcs.i18.2774](https://doi.org/10.25009/clivajesrcs.i18.2774)

*Clivajes. Revista de Ciencias Sociales.* Año X, número 19, julio-diciembre 2023, pp. 154-160

<https://clivajes.uv.mx/index.php/Clivajes/article/view/2774/4574>

Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana

*Clivajes. Revista de Ciencias Sociales/ISSN: 2395-9495/IIH-S, UV/Xalapa, Veracruz, México*

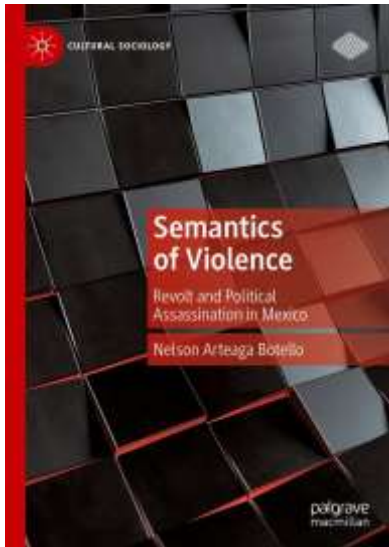
Aceptado:

16/03/2023



*SEMANTICS OF VIOLENCE. REVOLT AND  
POLITICAL ASSASSINATION IN MEXICO*, DE  
NELSON ARTEAGA BOTELLO

Erick Alfonso Galán Castro\*



El último libro de Nelson Arteaga, quien se ha consolidado como uno de los interlocutores más importantes de la obra de Jeffrey Alexander en México, *Semantics of violence. Revolt and political assassination in Mexico* (2022) conecta con otras publicaciones en las que el autor discute e implementa el programa fuerte de sociología cultural de Alexander, como *Sociología y ciencia ficción: imaginar el futuro*. (2020); los capítulos sobre esfera civil en México de su autoría (Arteaga-Botello y Arzuaga Magnoni, 2018; Arteaga, 2021) y la introducción y revisión técnica que hizo de la traducción al español de *Sociología Cultural. Formas de clasificación en las sociedades complejas*, del citado Alexander (2019).

---

\* Investigador CONACYT comisionado al Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales de la Universidad Veracruzana, es doctor en Investigación en Ciencias Sociales por FLACSO México (2015); miembro del SNI Nivel 1 (2022-2024) y del Foro

*Semantics of violence. Revolt and political assassination in Mexico* busca entender y analizar tres acontecimientos ocurridos en 1994 que sacudieron a nuestro país: el levantamiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), el asesinato del entonces candidato presidencial del Partido Revolucionario Institucional (PRI), Luis Donaldo Colosio Murrieta, y el del entonces secretario general de dicho partido, José Francisco Ruiz Massieu. Tres sucesos violentos que permiten al autor analizar la manera en que, si bien en América Latina se dieron condiciones en las cuales la tensión entre la clase política y los actores civiles derivó en la emergencia de regímenes autoritarios y antidemocráticos que ejercieron la violencia política de Estado, en México se vivió un régimen autoritario, sí, pero exento de golpes militares que llevaran al ejército al poder, o el establecimiento de una guerrilla permanente con apoyo social (2022: 1). ¿Qué hizo especial a México frente a otros países latinoamericanos? ¿Qué condiciones se cumplieron para evitar un escenario de violencia política nacional aún más crítico?

Arteaga propone un acercamiento a la problemática, con base en el programa fuerte de sociología cultural de Jeffrey Alexander. Esto supone partir de un análisis en el que “la cultura debe ser considerada como una esfera con autonomía relativa respecto de otras esferas de la vida social, y que además tiene efectos de causalidad sobre ellas” (Arteaga-Botello, 2019: 9). Afirma que hay una tensión fundamental en el horizonte de sentido sociopolítico del México de la

Latinoamericano de Antropología del Derecho (FLAD), así como de la International Sociological Association (ISA) y del Comité Editorial de la Revista JóvenES, del Instituto Mexicano de la Juventud.

segunda mitad del siglo XX, y ésta gira en torno a cómo se otorga sentido a la violencia y a los actos violentos que impactan en la opinión pública del país. La violencia no debe ser vista como un “rompimiento del tejido social”, o una anomalía en la vida social, sino como “una oportunidad para consolidar códigos, instituciones democráticas e inclusión ciudadana, así como una llamada de atención que presagia el restablecimiento de instituciones y códigos autoritarios (Arteaga-Botello, 2022: 6).

Así emergen dos esferas de sentido cultural, concepto con el que el autor refiere los horizontes morales de la acción social que se analizan no sólo como discursos o narrativas, sino como actos simbólicos que generan efectos prácticos en lo social. Dichas esferas son la civil, definida como ese subsistema social separado de los ámbitos de la vida política, económica o religiosa, en constante tensión entre lo universal y lo comunitario a partir de la defensa de los derechos humanos universales y los reclamos de autonomía comunitaria (Alexander, 2019: 126; Arteaga-Botello, 2022: 16), y la patrimonialista, un concepto útil que permite entender un horizonte de sentido basado en la resolución de la tensión entre el cumplimiento de demandas sociales, mediante una política corporativista de masas, y la necesidad de fortalecer un vínculo con los gobernados a través del paternalismo y el autoritarismo (Arteaga-Botello, 2022: 3).

Uno de los aportes más importantes está asociado con el análisis de las relaciones entre estas dos esferas. Si bien, cual horizontes de sentido cultural-social-político, se encuentran en constante tensión

en la búsqueda de la definición del rumbo del país ante condiciones violentas, no son tan disímbolas entre sí, dado que ambas poseen significados y narrativas compartidas desde las cuales evitan una polarización extrema en la opinión pública: una lectura de la violencia en función de su uso legal, evaluada a partir del parámetro del respeto a un Estado de Derecho construido mediante luchas sociales (horizonte normativo), y la lectura de los acontecimientos violentos en relación con condiciones concretas que permitirían “la excepción a la regla” (horizonte utilitario). Dichas formas de leer la violencia, a partir de notas de opinión, editoriales y declaraciones públicas de los actores políticos y civiles, suponen entrecruzamientos, es decir, dependiendo de a qué audiencia quieran llegar, los autores usan uno u otro horizonte de sentido para lograr legitimidad en su audiencia, por lo que el esquema analítico de Arteaga se posiciona por fuera de la esencialización de los actores en relación con una aparente pertenencia a una esfera. Por lo contrario: los actores hacen un registro reflexivo de los discursos y recursos simbólicos que utilizan para buscar la legitimación de su posición en la esfera pública.

Está claro que hay una bibliografía muy extensa que no sólo ha abordado la pregunta de investigación que se propone resolver, sino los eventos históricos que Arteaga utiliza para ejemplificar su hipótesis. Al inicio del libro, Arteaga hace patente su distancia de argumentos economicistas y antineoliberales sobre las causas de la violencia, de explicaciones donde se interpreta la violencia como la manifestación de una ruptura del pacto

social, o que suponen una prescripción de fortalecimiento de la democracia liberal como factor de pacificación (Arteaga-Botello, 2022: 7). El autor considera que todos estos análisis obvian la condición determinante de los discursos y las narrativas sobre la violencia, reduciéndolas únicamente a ideologías y retóricas dependientes de sus condiciones socioeconómicas. Para Arteaga, es importante entender que la violencia es un proceso siempre presente en las relaciones sociales, que se expresa de múltiples formas y es causa y consecuencia de condiciones culturales históricamente construidas.

Arteaga explica que su método de acercamiento a su objeto de estudio parte de dos estrategias centrales: la reconstrucción histórica articulada sobre la génesis de las esferas civil y patrimonial desde el México del periodo posrevolucionario hasta 1994, y un análisis de notas de opinión, editoriales e información obtenida mediante notas hemerográficas y medios de comunicación audiovisuales (Arteaga-Botello, 2022: 11). En esta estrategia, el autor ve un procedimiento que le permite acercarse a una forma de conocimiento situado y a la revelación de cómo son imaginadas las colectividades y su vida cotidiana. Pero no sólo eso. Entiende que, para las coyunturas históricas analizadas, las notas de opinión y las columnas editoriales son formas en que la clase política codifica sus comunicaciones internas y externas, lanzando desde ellas mensajes hacia interlocutores específicos para orientarlos, coaccionarlos o evaluarlos.

Hay que tener en cuenta que, para Arteaga, hablar de “conocimiento situado” no necesariamente tiene que ver con la visión socioantropológica del término. No hay un acercamiento profundo “in situ” al

objeto de estudio, y no sólo tiene que ver con la lejanía temporal de éste, sino con una posición metodológica que privilegia la solidez del análisis a la cercanía con los actores sociales. Arteaga piensa en lo situado a partir de condiciones históricas específicas, que le permiten entender el ethos del momento histórico que analiza. Hay que aclarar que Arteaga busca dialogar inicialmente con un público que no es mexicano, y que particularmente está interesado en discutir los alcances y límites de la sociología cultural de Jeffrey Alexander, por lo que las explicaciones a pie de página de algunas especificidades de elementos simbólicos e históricos de las coyunturas que analiza tienen la intención de ofrecer al lector no mexicano un contexto más amplio e inteligible.

El autor encuentra, en 1994, el escenario adecuado para entender cómo es que las esferas patrimonial y civil contienden, pero a la vez se complementan, para generar códigos y significados que impiden una crisis política que pudiera derivar en el advenimiento de una dictadura militar. Esto, argumenta, porque fue en la década de los 90 del siglo pasado, con estos eventos, cuando se afianzó la convergencia entre actores como periodistas críticos, intelectuales de oposición, sindicatos, partidos políticos liberales y de izquierda, que terminó por erosionar el patrimonialismo mexicano; sin embargo, las tensiones al interior de esta alianza estratégica reinstauraron algunas de las prácticas de dicho patrimonialismo (Arteaga-Botello, 2022: 4). Si bien la reconstrucción histórica hecha en el capítulo 3: *The mexican civil sphere and the patrimonial code*, abarca un periodo que va desde el porfiriato hasta su corte final, esto le sirve

para hacer un encuadre en el que explica la génesis y estructuración de las esferas civil y patrimonial.

En capítulos posteriores, Arteaga encuentra que las esferas patrimonial y civil convergen al comprender que los hechos violentos surgidos en 1994 fueron fruto de un proceso de modernización económica y política neoliberal, emprendida por el entonces presidente Carlos Salinas de Gortari. Dichos cambios generaron transformaciones en las reglas y procedimientos construidos a lo largo del siglo en materia política y social, y, en muchas ocasiones, el alzamiento zapatista y los asesinatos de Colosio y Ruiz Massieu fueron vistos como hechos inevitables y necesarios para enfrentar los procesos de desgaste estatal y político producto del neoliberalismo (Arteaga-Botello, 2022: 62). Sin embargo, las divergencias entre las esferas patrimonial y civil eran visibles en la construcción de una narrativa de las autorías y los motivos para llevar a cabo los hechos violentos. Para la esfera patrimonial, la influencia de los grupos intelectuales de izquierda marxista, y los intereses de países extranjeros por intervenir en la política nacional, llevaron al alzamiento armado en Chiapas o a fomentar la inestabilidad política luego de los asesinatos de Colosio y Ruiz Massieu. En cambio, para la esfera civil, las contradicciones al interior de la clase política priísta y el desgaste del PRI, visible desde las elecciones presidenciales de 1988, detonaron en el hartazgo de los pueblos indígenas frente a un Estado autoritario que los ignoró y reprimió, así como también a generar tramas e intrigas que derivaron en los magnicidios del candidato priísta y el secretario general de dicho partido (Arteaga-Botello, 2022).

Sobre el levantamiento armado del EZLN, tema del capítulo 4 de *Semantics of violence. Revolt and political assassination in Mexico*, el autor hace un análisis de la disputa entre los actores del campo patrimonial y el civil por dar sentido a la lucha armada indígena en dos momentos. En el primero, del estallido de la rebelión el 1° de enero de 1994 a la declaratoria unilateral de cese al fuego por parte del gobierno federal, se argumenta que la tensión se reflejó en una interpretación binaria del problema, en el que los actores del campo patrimonial afirmaban la influencia de actores ajenos a la problemática indígena (gobiernos de otros países, intelectuales de izquierda, oposición partidista al PRI) como pretexto para deslegitimar la lucha; mientras los actores del campo civil proponían que el levantamiento reflejaba las legítimas aspiraciones de los pueblos indígenas para hacer justicia social y avances democráticos (Arteaga-Botello, 2022: 77). En el segundo momento, las interpretaciones de ambos grupos de actores convergerían hacia una narrativa en la que el cese al fuego y las posteriores negociaciones serían una reescritura de las normas del régimen posrevolucionario, y un punto de partida hacia una transición democrática (Arteaga-Botello, 2022: 77).

El asesinato de Luis Donaldo Colosio, abordado en el capítulo 5, *A succession under attack*, es visto por el autor como una coyuntura que generaría interpretaciones orientadas a legitimar/cuestionar los procesos de selección de candidatos del PRI y las intenciones del presidente en turno sobre éstos. Nuevamente, Arteaga procede a analizar el hecho a partir de dos momentos: el instante mismo del asesinato y las horas posteriores al hecho, y la

designación del sucesor. En el primer momento, se propone que la tensión entre actores del campo civil y del patrimonial se da por definir culpabilidades, motivos y escenarios futuros: el campo patrimonial responsabilizaba nuevamente a grupos armados levantados recientemente, a grupos al interior del PRI que no jugaron “apropiadamente” las reglas de la sucesión, y a actores extranjeros que financiaron al crimen organizado para concretar este hecho; mientras el campo civil encontraba culpables justo al interior del partido, al mismo tiempo que visualizaba un momento clave para emitir un voto en contra de la continuidad del régimen. Al final, con la designación de Ernesto Zedillo como sustituto de Colosio, ambos campos coincidieron en que su nombramiento aseguraba cierto margen de estabilidad ante un escenario caótico, lo cual podía interpretarse como la posibilidad de negociación entre el PRI patrimonialista y el neoliberal (campo patrimonialista), o como la evidencia de un desgaste institucional del partido que podría derivar en la emergencia de condiciones para la transición hacia otros gobiernos (campo civil). (Arteaga-Botello, 2022: 127-128).

Finalmente, el asesinato de Ruiz Massieu es visto como el *performance* que evidenciaría no sólo el desgaste de los procesos de elección interna del partido, sino del partido mismo, de sus reglas consuetudinarias, y de su estabilidad institucional. Para Arteaga, el asesinato de un político que representaba, tanto a nivel de discurso como de redes políticas que lo vinculaban al grupo del entonces presidente Salinas, un fuerte cambio en la dirección del PRI en el nuevo sexenio, generó inicialmente la sensación en los campos

patrimonial y civil de un desafío hacia la figura presidencial y a la continuidad institucional de las relaciones políticas reguladas a través del PRI (Arteaga, 2022: 167). Si bien, las dudas sobre quién ordenó el asesinato y bajo qué motivos siguió en disputa años después, lo que derivó en un debate entre ambos campos fue la reacción del expresidente Salinas ante la aparente amenaza de su encarcelamiento. La huelga de hambre que inició en febrero de 1995 fue valorada como una forma de romper con las reglas no escritas del sistema, en las que el presidente saliente debía mantenerse en silencio y no desafiar a la administración en turno, independientemente de que ésta le responsabilizara de problemas sociales y políticos en proceso (Arteaga-Botello, 2022: 167-168).

Al final, Arteaga concluye que el caso mexicano es relevante por los procesos de acceso a la democracia, dado que el propio régimen patrimonialista, si bien pudo generar controles políticos férreos, también otorgó libertades mínimas que permitieron construir las condiciones hacia una transición que permitió la creación y expansión de instituciones civiles (Arteaga-Botello, 2022: 206). El desgaste del sistema autoritario y de la institucionalidad democrática existente a finales de los años 90, paradójicamente, logró evitar el colapso de la civilidad social y política ante la violencia grave (Arteaga, 2022: 206). Hace un diagnóstico optimista, en el que considera que los hechos violentos que analiza en esta obra fueron detonadores de las condiciones para la posterior transición del 2000 (Arteaga-Botello, 2022: 208).

Si bien muchas de estas afirmaciones pueden tener sentido en la medida en que el parámetro con el que mide el grado de

estabilidad de las condiciones de violencia en México es el de las condiciones de violencia política suscitadas en otros países de Latinoamérica, como Argentina, Brasil, Uruguay o las dictaduras militares centroamericanas, ante este saldo aparentemente positivo el público mexicano podría preguntarse en qué medida esta convergencia entre esferas detonó otro tipo de condiciones de violencia, como la que emergió en la década siguiente con la “Guerra contra el Crimen Organizado”. Creo que se puede seguir sosteniendo que la violencia, como relación social, es un fenómeno inacabado, cambiante, y que adquiere múltiples formas a lo largo del tiempo, como lo afirma Arteaga; sin embargo, hay que reconocer el carácter específico del momento histórico que analiza no sólo por la capacidad de las esferas político-culturales para evitar una dictadura militar, sino para entender que muchos de los conflictos y las redes de impunidad que actualmente vemos fueron sustentados a partir de dicha tensión de esferas.

Un reto importante, luego de leer este libro, es que podamos pensar en cómo definir de manera *situada* (ahora sí, en clave antropológica, como la construcción de categorías no impuestas, sino pensadas en un diálogo con los actores sociales y su contexto sociohistórico) no sólo la violencia, sino los procesos de construcción de paz. Arteaga brinda pistas importantes: desconfiar de las narrativas de carácter funcionalista que suponen la violencia –y, a su vez, la paz como su contraparte– como una “ruptura del tejido social”. ¿Todo proceso de paz sirve para “remendar” ese tejido roto? ¿Hasta qué punto ciertas formas de construir paz no siguen generando

rupturas, en la medida que reproducen la desigualdad, la pobreza, el mantenimiento de élites históricamente dominantes? Muchas preguntas surgen de la lectura de Arteaga Botello, Nelson (2022). *Semantics of violence. Revolt and political assassination in Mexico*. Pelgrave Macmillan, libro necesario para estos tiempos de polarización política y social.

#### REFERENCIAS

- Alexander, J. (2019). *Sociología cultural. Formas de clasificación en las sociedades complejas*. FLACSO/Siglo XXI.
- Arteaga-Botello, N. y Arzuaga Magnoni, J. (2018). The civil sphere in Mexico: Between democracy and authoritarianism. En Alexander, J. y Tognato, C. (Eds.), *The civil sphere in Latin America* (19-38). Cambridge University Press.
- Arteaga-Botello, N. 2021. The populist transition and the Civil Sphere in Mexico. En Alexander, J. Kivisto, P. y Sciortino, G. (Eds.), *Populism in the civil sphere* (pp. 96-124). Cambridge: Polity Press.